

Opera Prima (ft. Alexander Virgo)

Dabone (Lucio)



Capítulo 1

Después vi un cielo nuevo
Y una Tierra nueva,
Porque el primer cielo
Y la primera Tierra
Habían dejado de existir,
Lo mismo que el mar...

Apocalipsis 21:1

Capítulo 2

UN BESO DE DESPEDIDA

Permanecía silenciosa refugiada en sus pensamientos. Perduraba en sus manos un ligero temblor que no lograba controlar. Continuaba absorta de la realidad sentada sobre el sofá de cuero persa con la mirada fija en el gran cajón negro, un cajón rectangular finamente barnizado en medio del escenario.

El brillo de sus ojos miel iluminados por las velas hacía parecer que su mirada ardía en llamas.

De tantos amigos que decían estimar a su padre ninguno se había hecho presente en el funeral. Ella sabía que le temían a "El Sindicato", un grupo de malhechores que tenían asolado a todo Toronto con los abusos y tributos que cobran para que la gente pueda trabajar.

De pronto, sintió la sala del teatro más grande que de costumbre, e igual de vacía que de costumbre... Los últimos meses no marchaban bien para el teatro. Las deudas no daban espera y la falta de público era notoria.

La chica se puso de pie y caminó hasta el ataúd donde se hallaba su señor padre, el viejo Dan Porter, maestro de orquesta, gran erudito de la música clásica, profesor en educación musical y dueño del emblemático teatro ATLANTIS, un nombre que no dudó después de crecer con las fabulosas historias de aquel territorio enigmático y avanzado que relataba Platón y otros pensadores de la antigua Grecia.

«Atlantis siempre fue tú sueño, Papá»

«¡Lo lograste!»

«Fuiste ejemplo para unos y mentor para otros»

«Mamá estaría orgullosa de ti. Espero que te encuentres en su compañía.» Eso pensaba Bárbara Porter al tiempo que pasaba su delicada mano sobre la fría tapa del féretro. Se asomó por el cristal que resguardaba el rostro petrificado de su padre. Le pareció más joven, en paz, hasta percibía una leve sonrisa en sus labios o por lo menos eso quería creer.

«¡Maldigo "El Sindicato" y a sus miserables matones!» palmoteó suavemente la tapa del féretro, «¿Por qué tenemos que darles la mitad de nuestras ganancias?» «¡Cobrarnos impuestos para dejarnos laborar! ¡¡Es absurdo!!» pensaba enfurecida, el odio que había acumulado todo este

tiempo estaba a punto de explotar y cuando ese momento llegará no habría forma de contener su furia. Una lágrima negra rodó por su mejilla. El maquillaje de los ojos se había corrido, su mirada parecía endemoniada, sí, tenía la mirada de un demonio sediento de justicia.

«Ellos te asesinaron, papá. No aguantaste sus visitas, sus extorciones. No hacía falta que te clavaran una daga en el pecho o te dispararan, bastaron sus intimidaciones y amenazas para alterar tú débil corazón» Bárbara se refregó el rostro con ambas manos y luego un profundo miedo la asaltó, sabía que en adelante estaba sola en el mundo y que sus problemas apenas comienzan. Elevó la vista para ver un viejo crucifijo en la pared justo arriba del ataúd; siempre había admirado el viejo crucifijo, pero esta vez le pareció frío, esta vez le incomodó mirar el rostro de Jesús desgastado, parco, inexpresivo.

Le sostuvo la mirada y quiso gritarle con todas sus fuerzas: — ¡¿Oye tú, por qué no lo salvaste?!! — pero le temblaba la voz, sentía la garganta seca, sentía temor de faltarle al respeto al hijo de Dios; su crianza católica no se lo permitía... “Debéis tener temor a Dios o no alcanzarás el reino de los cielos” repetía cada domingo el sacerdote de la comunidad en la iglesia que acostumbraba a visitar tomada del brazo de su padre.

En ese momento sintió pasos lentos que se acercaban al salón. Dedujo que se trataba de varias personas por la presión que percibía sobre la tablilla. La puerta se abrió de par en par y al verlos allí mirándola como lobos hambrientos los latidos de su corazón se aceleraron acribillando su cráneo con punzadas de insoportable dolor.

Algunos miembros de “El Sindicato” habían ido para darle sus condolencias, o más bien para dejarle claro que aunque su padre hubiese muerto la deuda continua activa.

Rudolf “The Bear”, un tipejo de casi dos metros con la cabellera larga hasta los hombros, de vientre amplio y brazos fuertes como troncos... su excesivo vello lo hacía lucir como un verdadero Oso. El Matón tomó asiento y encendió un cigarro.

—Perdona los modales de mi amigo, Bárbara. Pero ya lo veis es un salvaje. — comentó Tobías Wallem, un sujeto con modales muy refinados pero con la mirada de un asesino, un verdadero asesino que disfruta jugar con sus víctimas. A lo lejos dos escoltas de gabán y sombrero oscuros tomaron asiento en las gradas y aguardaron en silencio.

—Pensé que el teatro estaría a rebosar. La gente es muy ingrata después de todo lo que tú padre hizo por esta ciudad de mierda, ¿No lo crees, Bárbara?— comentó Tobías.

La chica guardó silencio. Prefirió no decir nada.

—Siento mucho lo de tú padre, querida. Sabéis que estimábamos al viejo, era de nuestros mejores clientes. — La chica le lanzó una mirada fulminante cargada de odio y asco.

“The Bear” se rió sentado sobre el sofá de cuero negro.

Tobías le silenció con la mirada, y regresó la mirada a la chica. — verás, Bárbara, “El sindicato” lamenta la muerte de Dan, “Dios lo guarde en su gloria” — Tobías Wallem se dibujó una cruz imaginaria en el pecho y regresó sus ojos de asesino sobre la chica, — ¡Nos debes mucho dinero, niña!— dijo.

Bárbara resopló indignada: — Pu...puedes respetar mi dolor, Tobías.

—Qué más quisiera, pero es mi trabajo, querida. El viejo Rómulo me ha enviado y sabéis bien que es un tipo cruel cuando no le obedecen.

—Dile a Rómulo que se puede ir a la mierda. ¡Que no me intimida! Lo denunciaré a la policía por la muerte de mi padre y por todo lo que nos roban. El hurto se paga con la cárcel.

“The Bear” rió de nuevo.

— ¿De verdad pi...piensas ir a la policía? — Tartamudeó un Tobías Wallem sereno y sonriente.

—Te lo juro por el cuerpo de mi padre que se encuentra dentro de esa caja que no soportaré más abusos.

“The Bear” rió nuevamente mientras le daba una profunda calada a su puro.

Bárbara no vio venir el manotazo de Tobías quien le agarró de su negra cabellera. El bandido enredó los cabellos en su mano y le haló fuerte, muy fuerte...

—No creo que seas tan estúpida, Bárbara, — el asesino deslizó suavemente la punta de su cuchillo de plata sobre la piel de la chica... — No quiero dividir tú rostro. Serías la número dieciséis de mi acero. — le pasó la lengua por la mejilla y se saboreó las lágrimas y el maquillaje corrido. — Sabes a mujer. — le acarició los senos y los apretó fuerte, — las tienes grandes eh — le lamió el cuello y la oreja.

La chica le soltó un empujón — Eres un hijo de puta. La vida te va a

castigar. ¡Yo te voy a castigar maldito!

“The Bear” se revolvió en el sofá esbozando una amplia sonrisa sin perder de vista a la chica. Todo le parecía de lo más divertido.

— ¿Alguna vez has follado sobre un ataúd, querida? — le susurró Tobías con su aliento vaporoso.

Los ojos de Bárbara revelaron el terror que sentía.

Tobías la abofeteó y dejó su mano en alto amagando otro golpe.

—Respeto a tu padre y por su memoria no te haremos daño, pero nos debes dinero, mucho dinero. De ahora en adelante, tal y como se lo dijimos al viejo, nos quedaremos con el cincuenta por ciento de las ganancias del teatro.

Bárbara se restregó la mejilla con la manga del vestido, sentía que la cara le ardía. Por más que apretó los labios no pudo evitar el llanto, la sangre le hervía de rabia pero se contuvo, para poder hablar, — La gente vi... viene poco al teatro. Son tiempos difíciles. Yo no creo tener el dine...

Otro violento bofetón la interrumpió y la hizo caer junto al féretro.

—La ópera no pasa de moda, querida mía— gruñó Tobías, — “El sindicato” te visitará de nuevo y te aseguro niña que no serán tan considerados como yo lo he sido.

“The Bear” se puso en pie y se dibujó la cruz con la mano frente al crucifijo de hierro apostado a la derecha del féretro.

Los dos hombres de las gradas también se pusieron de pie y abandonaron el teatro. Tobías Wallem le guiñó un ojo a la chica, sonrió y se alejó a paso lento.

Bárbara se arrojó de largo bajo el ataúd de su padre, al verle desde el suelo hacía arriba le pareció enorme como un gran zepelín negro barnizado. Se incorporó, alisó su vestido negro, se limpió la cara con un pañuelo y volvió la mirada hacia el crucifijo de la pared con desconcierto. Sabía muy bien que la muerte de su padre fue injusta y que “El Sindicato” era el culpable, pero también era culpable papá Dios en el cielo, Él era tan culpable de la muerte de su padre como ellos. No escuchar el llanto de una hija desesperada cada noche pidiendo por la suerte de su padre es un crimen, un crimen celestial. Apartó la mirada del crucifijo y meneó la cabeza de un lado para el otro molesta. Se acercó al féretro, abrió el vitral que resguarda el rostro de su padre y le dio un cálido beso sobre la piel helada, — un último beso de despedida, — dijo entre susurros con los

labios temblorosos — ¿Por qué me has dejado sola Papá?

Pasado un rato el teatro estuvo ocupado por los músicos de la orquesta. Todos habían venido a acompañarla y a darle la última despedida a Dan Porter, gran maestro de Opera y amigo.

Capítulo 3

EL LIBRO ROJO

Esa noche dormía inmersa en un profundo sueño que le había sido ausente durante semanas. Su rostro lucía pálido como la porcelana blanca, su cabello era tan negro como la misma noche y sus labios rojos como la sangre. Sus pechos se inflaban sin prisa con cada respiración abrazada a los almohadones de plumas hindúes que le había regalado su padre en su último cumpleaños.

El firmamento estaba oscurecido, sin luna ni estrellas... Bárbara comenzó a revolverse en la cama, algo la agobiaba, un mal sueño, una pesadilla. «Ella vestida de blanco frente a una remolinante nube de humo negro...

No podía moverse.

Sentía miedo...

Unos ojos fulgurantes la miraron a través de la espesa niebla... de pronto, se dejó ver una mano poderosa que la sujetó de la garganta con tal fuerza que le cortó la respiración. No era una mano humana, tampoco animal. Era ambas... las uñas negras tan afiladas como dagas se clavaban en la garganta de Bárbara.

— ¡Entregadme el libro! — dijo la mismísima voz del diablo.»

Bárbara Porter despertó presa del llanto, al borde de los nervios. Se llevó las manos al cuello para cerciorarse de que todo había sido un mal sueño... respiró hondo y se tumbó de nuevo sobre la cama para aferrarse a los almohadones, una ligera lagrima se regó por su mejilla de porcelana «Te echo de menos, papá» se enjugó las lágrimas con la manga del pijama preparándose para una noche larga agobiada por los recuerdos pues la placidez del sueño que la atrapaba hace un momento había desaparecido debido a la pesadilla que acababa de tener... se llevó las manos de nuevo al cuello frotándose delicadamente sin dejar de recordar la poderosa mano no humana, tampoco animal de uñas negras tan afiladas como dagas que se clavaban en su garganta. «¡Entregadme el libro!» recordó esa voz infernal grabada en su memoria. Arrugó las sabanas y elevó la mirada contra el techo. Ya no pudo dormir.

Días después del funeral de su padre, Bárbara sintió que tenía que volver al ruedo. El duelo, inevitable, no pasaría de la noche a la mañana. Pero la vida continuaba. El teatro debía seguir funcionando. Por supuesto, no era fácil.

Ella apenas comía en esos días. Tenía el ánimo por el piso, y le costaba enormemente hallar fuerzas para seguir adelante. El hecho de, además de lo dicho, contar con dificultades serias a la hora de dormir, volvía el día a día aún más cuesta arriba.

Bárbara nunca fue de soñar mientras dormía; pero desde lo de su papá, una pesadilla tras otra la agobiaba. Más de una por noche. Un verdadero martirio. Ella de niña, Dan de más joven. Ella perseguida por malhechores, Dan asesinado al querer defenderla.

Bárbara en el teatro, sonriente, muy feliz: su Padre, mirándola triste a lo lejos arrojándose desde lo alto del palco norte. Una y otra vez, lo recurrente, el final inevitable de él, se volvía más real.

De día, se la pasaba en el teatro. Limpiaba sobre lo limpio, ordenaba mobiliarios sin movimiento. Recorría los pasillos en silencio. El teatro debía reabrir. Tic tac, era cuestión de tiempo. Se tenía que hacer.

Contactó con pesar a los artistas de la casa, quienes habían prometido volver en cuánto ella lo dispusiera. Algunos cumplieron, otros, como el falso que afeaba McBeth cada vez que lo representaba, ya habían cambiado de teatro. Mejor pues, más allá del dolor que implica saber que la palabra no había sido cumplida.

El teatro, con Bárbara a la cabeza, volvía a abrir sus puertas. No había que escuchar a quienes decían "tan pronto". Eran muchos, como siempre piensan los necios.

La cosa, además, no estaba fácil debido a las deudas dejadas por Dan, las cuáles eran bastante cuantiosas. La vida tiene eso que cuando golpea, lo hace mejor que Alí o Rocky Marciano. No te deja en pie, te sorprende y te da de lleno. Para que tengas. Sin embargo, es así para todo el mundo. No solo para Bárbara. Ella lo tenía claro.

El dinero volvió a ingresar en las arcas. El Oso no aparecía. Mejor ni mencionarlo. El camino parecía enderezarse. Pero... siempre existen los peros. Y Bárbara continuaba con las pesadillas. Siempre en compañía de Dan. No eran tan macabras como antes, pero tampoco cesaban. Algo

tiene que significar.

Su curiosidad la llevó a hurgar entre algunas de las pertenencias de su padre. En primer lugar, aquellas del cofrecito que él tanto atesoraba. Era como la reliquia familiar, había pertenecido al bisabuelo Porter. Halló la llave de la biblioteca, que su papá metía en un bolsillito interno del cofre. No le gustaba que nadie entrara allí en su ausencia.

«Perdón papá.»

Cerró la puerta a su espalda y se dirigió a la biblioteca. Al caminar por aquellos desolados pasillos, sin vida, sin ningún tipo de ruidos, comenzó a sentir diferentes sensaciones dentro de su cuerpo, Bárbara comenzó a sentirse insegura, a tener miedo, por lo que miraba para atrás a cada rato, a cada momento, como si alguien o algo estuviera detrás de suyo, pero no había nadie, no había nada, sólo ella y su oscura sombra. Pensaba que mientras más rápido caminaba más aprisa la seguían. Bárbara pasaba por un pasillo oscuro, el pasillo era largo y angosto, y podía escuchar como crujían los maderos con sus tímidas pisadas.

Al fin se hallaba frente a la puerta que lleva a la Biblioteca... Se adentra. Allí entre libros y partituras, se sienta un rato en la mecedora frente a la ventana, esa en la que su padre pasaba horas leyendo. Siempre creyó que le faltó luz a la habitación. Pero Dan prefería la oscuridad, muy a pesar de dañar su vista leyendo con tan poca claridad. Abre la ventana de par en par, corrió las cortinas. Ve la foto de su padre, orgulloso, en la inauguración del teatro. Lloriquea, aunque no tanto como supone iba a hacerlo.

Se acerca al escritorio y observa como los rayos de sol reflejaban en el vidrio sobre el mueble. Con razón mi padre no... piensa encandilada.

Da vuelta su rostro cuando una ráfaga de viento tira al piso el diploma de los veinte años del ATLANTIS. El vidrio que lo cubre se destroza en cientos de pedazos. «¡Maldición!» Se acerca para quitar el papel del marco. Ve al lado del clavo que sostenía el cuadro, algo bastante poco común. Si no estuviera tan alterada, pensaría que se trata de algo... algo como un interruptor... o algo similar.

Lo ve de cerca. Se quiere cerciorar, pero no sabe qué hacer. Finalmente, lo toca. Nada. Presiona más fuerte. Tampoco. Toca un pedazo de vidrio con su pie y casi se lo calva, resbalándose. Se agarra de la pared y sin darse cuenta gira eso que sobresalía de la pared. Escucha un sonido como de un engranaje.

La biblioteca. El sonido proviene de allí. Encuentra una portezuela abierta,

no mayor a medio metro de ancho. «No puede ser.»

Se acerca temerosamente. La duda no detiene su avance. Allí encuentra un libro vetusto, de color rojo, cuya pasta era de piel de becerro con una extraña estrella dentro de un círculo grabada con metales que parecían oro y plata.

Toma el libro. Es pesado. Lo abre...

En la segunda hoja, hay una dedicatoria, manuscrita en una letra horrible:

A Dan Porter, de parte de Dios.

«¿Dios?»

La tinta... lo que parece ser tinta se nota corroída a lo largo de la hoja. Incluso la hoja siguiente está manchada. Presionaron mucho al escribirla o... la tinta... ¿Es tinta en realidad?

Bárbara da vuelta la página. Y otra. Y otra más. Lo siguió ojeando, pero se detuvo. Sintió un mal presentimiento. Si bien solo vio conjuros y magia, le pareció muy turbio todo ello. Dos o tres veces se vuelve a releer algún fragmento de los iniciales, confundida. «Pe...pero esto...» arrugó el ceño «Recién lo leí, esto no estaba así»... ¡Qué diablos!

Cree entonces conveniente irse del despacho. El cansancio, más el stress y ahora este libro. Demasiado. Deja el libro en la biblioteca, pero no puede cerrar la puertita. Parece atascada. Da media vuelta para salir de la habitación, que se había convertido en una heladera, la temperatura había bajado de manera exponencial lo que hace que se frote las manos, los brazos una y otra vez, pero comienza a sentirse algo asfixiada. De la forma que sucedió en una de sus pesadillas. La del domingo pasado. No recordaba haber cerrado la ventana. La situación empeora. La respiración se torna imposible... El aire... no hay aire, Parece como si una poderosa mano invisible le apretara el cuello.

¡Ayu...Ayuda!

Apoyada sobre la biblioteca, ve algo en la tapa del libro que le aceleró los latidos de su corazón acribillando su cráneo con punzadas de dolor... «¿Y eso?» Aplica todas sus fuerzas en el cajón que contiene el libro, lográndolo cerrar.

Vuelve a respirar.

— ¡Dios mío! ¿Qué fue eso?

Mientras retoma el aire y recupera poco a poco la compostura escucha una voz clara y rasposa en su oído derecho.

— ¡Entregadme el libro!

Bárb se desploma.

Capítulo 4

EL SINDICATO

Un par de días pasaron. Bárbara se encuentra mejor, ensayando con la orquesta de músicos que trabajaban para su padre. Ya escuchar las condolencias no le parece tan grato. Desprecia la lástima.

«Es lo que es. Hay que seguir adelante.» piensa ella, por cierto, es la soprano. Alcanza unos registros únicos con su dulce voz. Además, la figura de Bárbara emociona: increíblemente bella, esbelta, con un cabello largo, ondulado negro y perfecto. Pero volvamos al sonido de sus cuerdas vocales: no hay forma terrenal de describirlo... puede decirse, sin lugar a dudas, que esa voz se halla a la par con la de... de los ángeles, si es que éstos existen.

«Siempre me consideraste un prodigio, papá»

Miles de ideas recorren la cabeza de Bárbara durante el ensayo, no pudiendo ordenar sus pensamientos. Una telaraña tejida por ella misma, de la que no se puede librar.

«Prodigio: No, nunca estuve a la altura.»

El agua de la tina comenzó a derramarse, ya se había llenado y Bárbara no se dio cuenta. Rápidamente cerró la llave y se quedó mirando su imagen distorsionada en el agua, «Cómo te extraño, papá» eso pensó, mientras hundía la mano sobre la tina de agua tibia hasta quitar el tapón para que el nivel del agua bajara un poco. De repente, sintió un frío abrumador que la hizo frotarse las manos; no era posible, la chimenea estaba prendida con leños y carbón...entonces acomodó el tapón de nuevo dentro de la tina y entró al agua tibia... su rostro revelaba placer, tranquilidad, quería dejar de pensar en la muerte de su padre, en el maldito "Sindicato", quería dejar de ser Bárbara Porter por unos minutos y tomar el baño de agua tibia como una persona normal sin pensar en tantos líos.

Se acostó a lo largo y dejó que el agua tibia cobijara su cuerpo. También sumergió el rostro.

De pronto su rostro salió del agua, se refregó la cara con ambas manos y comenzó a mirar detenidamente el cuarto de baño... sentía que alguien o algo la miraban. Una sensación extraña se apropió de su ser.

— ¿Quién anda ahí?

— ¡Hay alguien ahí!

Bárbara meneó la cabeza de un lado para el otro «Me estoy volviendo loca» «Estoy sola. Nadie podría estar aquí. Ni un demente quisiera estar en el Atlantis, solo yo que soy la heredera del legado de mi padre.»

Se relajó y cerró los ojos para sentir las caricias del agua sobre su piel tersa y juvenil... sin embargo, no se percató de los ojos cenizos que la miraban a través de las grietas de la pared del lavabo. Ojos blancos, cenizos, ojos malignos que la miraban embelesados sin siquiera parpadear escondidos al interior de las paredes del viejo teatro.

Bárbara sentía una mirada que la acechaba... se giró bruscamente contra la pared del lavabo y se quedó mirando una grieta vacía. La chica se refregó el rostro con ambas manos «Me estoy volviendo loca»

No había nada dentro de la pared. Nada la estaba mirando a través de la abertura.

Salió de la tina y caminó desnuda hasta el soporte donde colgaba la salida de baño y la toalla. Sus caderas redondas bien torneadas se contoneaban con cada paso escurriendo gotitas de agua que caían de su cabellera negra y larga. Se secó los senos con la toalla... de pronto escuchó un ruido dentro de la pared, un golpeteo apurado.

Se giró abruptamente en dirección del ruido, pero no logró ver nada, solo un paredón viejo con una notoria humedad.

«¿Qué me está sucediendo? Me estoy volviendo loca»

Rápidamente apartó la vista de la pared sin prestarle atención al ruido que escuchó.

— ¿Quieres papel rojo o azul?— preguntó una misteriosa voz dentro del cuarto de baño.

Bárbara palideció. Los latidos acelerados de su corazón apuñalaron su sien con punzadas de dolor.

— ¿Qui...Quién sois? — preguntó Bárbara en un solo temblor.

— ¿Quieres papel rojo o azul?— preguntó de nuevo una voz dulce.

Bárbara sintió que todo a su alrededor daba vueltas sin sentido alguno.

— ¿!!Quieres papel rojo o azul!!?— Esta vez la voz escuchaba inflada y enojada, — ¡¡Maldita estúpida, responde!!

Bárbara cerró la puerta del baño a su espalda y se dirigió a veloz carrera para su recámara, el miedo la domaba.

«!Santo Cielo! ¿Qué había sido todo eso?» Se preguntó para sí misma sin poder controlar el temblor que la embriagaba. Meneó la cabeza de un lado para el otro sin entender qué estaba sucediendo en el teatro. Se limpió las lágrimas y se refregó el rostro con ambas manos. Desechó cualquier duda que se la agobiara, no era momento de cuestiones sobrenaturales, debía organizarse deprisa, esa mañana se llevaría a cabo el ensayo de la orquesta. Bárbara Porter, tiene pensado reabrir el teatro más famoso de Toronto.

La banda está ensayando “Claro de Luna, de Beethoven”. Desde antes de la muerte del viejo Dan, era deseo de todos el montarla en una obra de teatro. Joseph, hermano del saxofonista venía cobrando relativo éxito en el underground local con sus trabajos teatrales. El potencial de sus trabajos es evidente. Solo que... Le falta un toque de esa magia para llegar más arriba. Más que suerte, falta trabajo. Profundizar en la musicalización es un buen punto de partida. De allí, todo el rollo. Por todo esto están ensayando hace semanas. Ahora, se proponen estrenarla en la reapertura del teatro.

Casi finalizando el ensayo llegan, visitas inesperadas y de las malas. Los hombres de “El Sindicato” han venido por su dinero. Sí, ese que les debía el difunto. Con este tipo de gente no hay retrasos. Cero duelo, sin excusas.

Cuatro hampones caminaban por las graderías del teatro, dos de ellos se ajustaron sus gabardinas y tomaron asiento. Los otros dos hablaban en representación de “El Sindicato”, Tobías Wallem y Rudolf “The Bear”,

—Buenas y santas, hola estimados, hola Bárbara. ¡Qué linda te ves! Venimos por lo nuestro, ¿recuerdas? — sonría pomposo Tobías Wallem ante la mirada de pánico de Bárbara. Después ella mira hacia el piso, enmudecida por unos segundos... — Yo... no tengo el dinero aún.

Los salvajes tiran un par de atriles a patadas. Se aproximan lentamente hacia Bárb, como en abanico, mirando con desdén a los músicos.

—Piiip, respuesta incorrecta, querida. — le encaró Tobías Wallem.

—Es que en verdad no tengo lo suficiente. — encaró Bárbara.

—Danos lo que tengas entonces, ah...

En tanto, algunos miembros de la orquesta ya estaban hartos, inocultablemente cansados de los abusos de estos malditos. Se muestra ello en sus rostros, gestos de malhumor y fastidio. Bárbara con su mirada intenta mantener la calma.

Tobías se acerca a la chica. La toma del brazo.

—Al demonio la paz, — dice el bandido.

El violinista trata de defenderla y Tobías Wallem le da un puñetazo en la barriga. El músico cae, pero no es suficiente para el salvaje de Tobías quien rápidamente desenfunda una pistola, mira a Bárbara de reojo y le dispara al caído violinista en una de sus piernas. Casi en la rodilla, donde sabe que la bala no solo lastima, sino que rompe.

— ¡Nooooooooooooo!

Los alaridos de dolor del muchacho se condicen con las expresiones de sus compañeros. Bárbara no puede contener las lágrimas.

— ¡Por favor, basta! ¡¡Bastaaaaaaa!!

Tobías ríe. Solo ríe. Guarda su arma y escupe en la cara del violinista. Choca sus cinco con Rudolf "The Bear", quien se encamina hacia el rincón donde Bárbara se había movido.

Entonces, "The Bear" sufre un intento de ataque de parte del jovenzuelo Ray, el pianista, quien lamentablemente no logra hacerle ni siquiera un rasguño. Todo ello, en desmedro de la situación. La ira de Rudolf se había elevado a las nubes. "The Bear" toma del cuello al jovenzuelo y lo golpea una vez, dos, tres... y sigue. No se detiene. Lo sostiene con la izquierda y le martilla con la derecha, una y otra vez. La sangre no lo detiene. El pedido de los músicos tampoco. Nada puede contener a ese motor de carne y musculo cuando se convierte en un Oso asesino.

— ¡Que pare, que pare por favor!— suplica Bárbara.

Pero es inútil. El Oso lo destruye. Aniquila. ¡Lo mata a golpes! Tobías lo termina quitando de encima del tipo.

—Está muerto, ¡Que basta ya!

De mala gana, "The Bear" se endereza, limpiándose la sangre ajena de su rostro. Levanta su quijada, y dice con su voz gruesa: — ¡Todos fuera,

todos menos Bárbara!

El resto de la banda se mira unos a otros sin espabilar, dudosos y atemorizados ante la orden del matón.

—Qué, ¿son sordos? ¡Todos fuera de aquí!! — gruñó “The Bear” que parecía más grande e imponente después de su demostración de fuerza ante el pobre de Ray.

Los músicos que permanecen ilesos levantaron las manos y terminaron obedeciendo. El del laúd no quiere dejar sola a Bárb, pero también es arrastrado por la fuerza. Tobías Wallem, entonces, amenaza una vez más a Bárbara. Esta vez, se trata de un ultimátum.

—Si no tienes el dinero para la semana que viene, “El Sindicato”, se quedará con el teatro. Y quien sabe, con tu vida quizás. — Tobías arqueó las cejas y añadió, — ¡Oye, quizá pueda dejarte para entretenimiento de los chicos, tus tetas lo valen! — Se saboreó los labios con la lengua, — estoy seguro que podré convencer al viejo Rómulo, pero me deberás tú vida, niña, nunca lo olvides. —Se acomodó su sombrero y le indicó al Oso con la mirada que había llegado el momento de irse. El Oso, se encontraba de pie justo al lado del cadáver de Ray. Los matones, finalmente, se marchan vociferando palabras vanas, no sin antes destrozar un violín. El de aquel muchacho, por supuesto, — Crujió como los huesos de su rodilla, — se burló Tobías entre risas empuñando el violín destrozado luego lo arrojó contra el piso y abandonó el lugar seguido por “The Bear”, lentamente los otros dos matones que se hallaban sentados en las gradas bostezaron y se pusieron de pie, se acomodaron las gabardinas dispuestos a seguir a sus jefes, pero al llegar al pasillo que conduce a la salida, los dos hombres se sorprendieron al no ver a Tobías y a “The Bear”... seguro ya estaban afuera esperándoles.

Los dos hombres mermaron su andar, el pasillo estaba más oscuro que de costumbre iluminado solamente por una luz rojiza, débil... de pronto la bombilla comenzó a parpadear... los dos matones sintieron miedo al verse caminando por el largo corredor... de la nada surgió la figura de una mujer de escultural cuerpo, con un vestido negro largo ceñido a sus curvas, la mujer se detuvo y se quedó mirando a los dos matones quienes observaron que la chica tenía la boca cortada y de las mejillas le manaba sangre...

Los hampones de El Sindicato detuvieron su andar y retrocedieron al ver que también llevaba los brazos y piernas lacerados, con heridas abiertas.

— ¿!Me veo linda!?

Ambos guardaron silencio, palidieron. Uno de ellos meneó la cabeza —

No, — respondió.

A la misteriosa mujer se le aguaron los ojos y asintió queriendo esbozar una macabra sonrisa en sus labios partidos, — Lo sé, — dijo con la voz apagada.

Los hombres se miraron sin darle crédito a lo que sus ojos estaban viendo; de pronto una espesa niebla surgió del piso alfombrado, también de las paredes...

— ¿P...Pero qué rayos? — alcanzó a decir uno de los bandidos antes de ser sometidos por puños infernales que les agarraron de la garganta. No eran manos humanas, tampoco animal, era ambas. Los cuerpos fueron levantados del nivel del piso mientras las esqueléticas manos los estrangulaban hasta romperles el cuello.

Bárbara se mantuvo ausente de la realidad, quedó sola en el gran teatro. Llorando. Sin saber qué hacer, "El Sindicato" la ha sentenciado a muerte si no cancela la deuda que dejó su padre.

«El libro rojo.» pensó... o una voz se lo susurró al oído, ya no sabe, solo lo recuerda y de repente siente un impulso, inexplicable que la doma, una fuerza poderosa que la hace correr hasta donde éste se hallaba.

— ¿Por qué hago esto?— pensó en voz alta.

La biblioteca. La portezuela.

—Es lo que es, debo seguir.

Ve el libro. Lo toma lentamente.

Duda en abrirlo. Lo sostiene entre sus manos, pero no sabe qué hacer con él... no sabe para qué fue a buscarlo...

— ¡Hazlo!— escuchó un susurró, o eso pensó.

Sin darse cuenta derrama un par de lágrimas sobre la pasta del libro. Las mismas se mezclan en la rugosidad de la estrella de oro y plata grabada. Parece como si el lomo del libro se hubiese bebido las lágrimas.

—Tus tinieblas, mi luz.

La pasta brilla.

Ella absorta, siente una paz indescriptible.

La chica, finalmente, se queda dormida.

Dormida, y aferrada al libro.

Capítulo 5

DESDE EL INFIERNO

Don Rómulo, terminaba de cenar un filete de pescado con papas gratinadas y lo pasaba con vino blanco. Su restaurante era uno de los más prestigiosos y concurridos de Toronto. — ¿Le dieron el pésame a la chica Porter?

Tobías Wallem asintió.

El viejo bebió de la copa de vino. — ¿Creéis que entendió el mensaje?

—Estoy seguro que entendió, Señor.

—Lo siento mucho por ella, su padre acaba de morir pero si “El Sindicato” muestra debilidad con ella entonces tendremos que ser condescendientes con todos los que no quieran pagar.

—Tiene razón, Señor. — contestó Tobías.

El viejo dejó los cubiertos sobre la servilleta blanca y se acomodó los anteojos, — ¿Ya se reportaron Ben y Malcon?

Tobías se revolvió en el asiento y miró a los ojos a don Rómulo, — No tenemos noticias de ellos. La última vez que los vimos nos sirvieron de apoyo en la visita al Teatro Atlantis donde la chica Porter, luego, “The Bear” y yo abandonamos el teatro y nos adelantamos, pero esos malditos vagos no aparecen, seguro salieron a emborracharse, deben estar perdidos en algún callejón.

—Cuando se reporten quiero verlos, esta organización no es un maldito juego.

Tobías asintió.

“The Bear” Gruñó desde la otra mesa en señal de aprobación a las palabras de don Rómulo.

El viejo hizo un ademán con la mano indicándoles a los dos matones que se retiraran.

Sentía su cuerpo liviano. No sabe cuánto tiempo durmió, solo siente que lo hizo por días. Llevaba puesta la misma ropa desde hace unas noches cuando "The Bear" asesinó a golpes al pianista, y el maldito de Tobías Wallen le disparó en las piernas al violinista.

Bárbara se llevó las manos a la cabeza intentando calmar una insoportable jaqueca... apenas recuerda lo ocurrido esa noche en la que ensayaba tranquila con su orquesta, pero por más que lo intenta no logra traer a la memoria que sucedió después de que los matones abandonaron el teatro.

Circuló el escenario con la vista y observó la sangre seca del violinista sobre la tablilla de la tarima, también la sangre seca del cadáver de Ray el pianista quien intentó defenderla... pero su sorpresa fue mayor al no ver los cadáveres.

«¿La policía halló los cuerpos?»

«¿Quizá "El Sindicato", mandó a su gente a limpiar el desastre que ocasionaron?»

Bárbara se llevó las manos a la cabeza sentía que el cráneo se le partía del dolor, no podía recordar nada de nada.

Afuera la lluvia no dejaba de caer, la ventisca azotaba los ventanales del teatro sin tregua. En las calles se alza un ruido persistente en los tejados de los edificios, de las casas, de los almacenes, de los talleres. Las alcantarillas se taponan y el agua acumulada escupe un hedor que se esparce por las esquinas del centro de Toronto, pero más que un hedor fétido, se propaga en el ambiente el repentino y mortecino olor a muerte... Las canaletas de los tejados derraman un líquido amarillento que da testimonio de la contaminación que sufre una ciudad atestada de factorías y chimeneas residenciales necesarias para protegerse del frío.

Los gatos se arrastran en la oscuridad mojados, con su pelaje erizado como fantasmas entre los botes de basura. Las ratas de ojos enrojecidos y pelo brillantino se pasean entre botellas vacías y los restos de comida de una ciudad que hace mucho olvido la palabra hogar para convertirse en máquinas de la palabra sustento.

Son las once de la noche y la lluvia no para. Vagos, mendigos, yonquis sin esperanza, prostitutas viejas y enfermas, y travestis con tres días de barba en sus mejillas maquilladas con rubor barato pululan en los alrededores del TEATRO ATLANTIS, sin importarles la lluvia... harían lo que les pidan por un par de monedas o un bistec de carne.

Bárbara se hallaba en la inmensa soledad de las gradas del teatro. Su padre había muerto. Ya no tenía orquesta que amenizara la puesta en escena de las obras, pero lo que sí tenía era una deuda fatal con "El Sindicato".

Pensó en empacar sus ropas y salir huyendo, dejar los problemas con el Sindicato y comenzar una nueva vida, quizá en los Estados Unidos de América, allí podría comenzar de nuevo, pero había escuchado que la depresión económica que se vivía en el país no tenía precedentes. 1930 era un mal año, un pésimo año. Por otro lado, tendría que dejar atrás ATLANTIS, olvidar el sueño en el que su padre y ella habían trabajado durante todas sus vidas. «Olvidar Atlantis, así no más, de la noche a la mañana» Bárbara meneó la cabeza frunciendo el ceño... «!No se me hace justo» «!Malditos» sin darse cuenta estaba arrugando entre sus puños el último guion de la obra de teatro que su padre había compuesto, ambientada con la sinfonía Sonata Claro de Luna, de Beethoven.

— ¡Se acabó! — habló con determinación, — No hay orquesta. No hay obra. No hay sueños. No hay nada...

Arrojó la obra sobre la tablilla del escenario y enfureció más mirando la silletería vacía del lugar:

— ¡Tendrán que matarme dentro del teatro que mi padre construyó, pero no pienso pagarles ni un maldito dólar!

De pronto, la lluvia que caía fuera se había convertido en una tormenta y la ventisca abrió de golpe las puertas del teatro...un viento helado recorrió las graderías y acarició los brazos y la nuca de Bárbara quien se estremeció y para su sorpresa pudo ver a su alcance el libro rojo... el libro de sus pesadillas estaba tirado sobre el escenario en forma de carpa de campaña.

Bárbara se acercó temerosa. Sentía que los latidos de su corazón se aceleraban, tomó aire y en un acto de valentía lo recogió; ese libro ejercía sobre ella una misteriosa fuerza que la domaba y la hacía sentirse desprotegida, angustiada, sentía como el libro helaba entre sus manos, y podía jurar que el libro siseaba en sus oídos.

«Tus tinieblas, mi luz»

«Leed en voz alta»

«Recito el verso que despierta a los únicos»

«Ashtaroth o Purlas, Galien fell yiliad, aparrnath tree»

«Recito el verso que despierta a los únicos»

«Conjuro las palabras que abren el portal en esta noche de luna llena y lluvia incesante»

«Recito el verso que los trae de vuelta»

«Ashtaroth o Purlas, Galien fell yiliad, aparrnath tree»

Los ojos de Bárbara no le pertenecían, lucían blancos sin pupilas y brillaban como las lámparas del teatro cuando son encendidas.

«!Ashtaroth o Purlas, Galien fell yiliad, aparrnath tree!» repetía con su dulce voz de soprano sosteniendo el libro con ambas manos, domada por una fuerza superior.

La noche exhala una niebla color hollín, afuera reina un silencio roto por el silbido del viento y el murmullo de la lluvia al caer... unas figuras furtivas irrumpen desde la oscuridad caminando hacia la entrada de Atlantis.

Un relámpago descargó su luz iluminando a los sujetos apostados en la gran puerta del teatro.

Bárbara se cubría los ojos debido al reflejo de la luz, solo alcanzó a ver cuatro siluetas apostadas bajo el dintel de la puerta. Los hombres cruzaron la entrada sin mediar palabra, vestidos de sastre color negro. Cada uno con un instrumento musical al hombro. Sus elegantes trajes escurrían de mojados al igual que sus sombreros y cabelleras.... pero los cuatro exhibían una sonrisa alucinante en sus rostros aunque se mantuvieran en silencio.

Una sonrisa de mejilla a mejilla enmarcada en sus rostros delataba la ansiedad por llegar al ATLANTIS... sus dientes perfectos, sus pieles pálidas, sus miradas frías y gélidas como la misma noche que domaba sobre Toronto se encontraban ante la chica: —¡Hemos llegado, Bárbara! — dijo el más viejo de ellos mientras recorría el teatro con su ojo derecho pero el ojo izquierdo estaba fijo en Bárbara.

La piel de aquel sujeto era tan tiesa como el hielo, rígida, estirada... No podía dejar de sonreír... de hecho ninguno de los recién llegados podía dejar de hacerlo.

— ¡Hemos llegado, Bárbara! — repitió otro, el que llevaba una mascarilla de plata que le cubría la mitad del rostro. El sujeto se acercó.

Bárbara sintió que todo tembló... quiso hablar pero no pudo. Sentía frío y miedo, mucho miedo... esos sujetos... esos personajes le helaban la sangre; estaba segura de que sus rostros no le resultaban ajenos. De

repente un relámpago relumbró afuera e iluminó parte del teatro...

— ¿Q...Quienes sois? — susurró la joven con voz entrecortada.

Entonces los cuatro fijaron sus miradas sobre la de ella y con sus rostros sonrientes y paralizados contestaron al tiempo: — ¡Somos tú orquesta, querida! ¡Nos llamaste!

Un viento helado volvió a colarse por la puerta principal haciendo estremecer a la chica cuyos ojos volvieron a la normalidad, ya no estaban blancos, ahora lucían color miel y más radiantes que nunca... Bárbara guardó silencio, no supo que decir ni que hacer. Los inesperados músicos se dispusieron a desempacar sus instrumentos.

Capítulo 6

EL LEGADO DEL DIABLO

Bárbara estaba petrificada, no era dueña de su cuerpo, el movimiento de sus extremidades le eran ajenos. Petrificada solo podía repasar uno a uno el rostro de los inesperados visitantes... no podía dejar de mirar al hombre de buen porte que cubría la mitad de su rostro con media máscara de plata. El sujeto afinó el piano e interpretó el inicio de la sonata "Claro de Luna" de una manera magistral, tan magistral que el propio Beethoven hubiese sentido celos de tal destreza con los dedos.

«Conozco a ese sujeto» se decía Bárbara mientras su corazón palpitaba a toda prisa acelerando su respiración «En la ópera Garnier, los empleados afirmaban que la ópera estaba encantada por un fantasma misterioso que provocó muchos accidentes. Un genio de la arquitectura, las matemáticas y la música... Un verdadero asesino.» el corazón de Bárbara dejó de latir por unos segundos, ella lo pudo notar porque también dejó de respirar mientras su cerebro le gritaba: «!!Es Erik, El fantasma de la Ópera!!» la chica intentó retomar el aire de nuevo y sintió como sus pechos se inflaban y su corazón comenzó a bombear a ritmo lento... No podía apartar la vista de aquel pianista memorable que ocultaba la mitad de su rostro desfigurado tras la careta de plata. Siempre pensó que Erik era un personaje de ficción escrito por Gaston Leroux, que leyó unas tres veces, pero de existir "El Fantasma de la Opera" sería tal y como luce su inesperado invitado.

—Sí, — le sonrió el hombre de la máscara mientras hundía sus dedos sobre las teclas del piano entonando un gran final de la tonada, — estás en lo cierto, querida... ese soy yo, — le dijo esbozando una sonrisa retorcida que la media máscara dejaba asomar.

—Se...Señor... yo, no... — Bárbara intentó hablar pero Erik hundió fuerte sus dedos sobre el piano de cola de nuevo y comenzó a cantar tan fino y audible que la chica olvido por un momento que estaba ante la presencia de un hombre "mito" que según el libro concluye su vida aislado del mundo exterior en el subsuelo del teatro de la Ópera...

De pronto la interpretación de un violín hizo callar a Erik quien le guiñó un ojo a Babará y señaló al violinista.

Bárbara pensó que nunca antes en lo que lleva de vida había visto un hombre tan hermoso... "Hermoso" era la palabra para describirlo... en su traje elegante y ajustado se marcaban los músculos de un cuerpo trabajado, su cabellera negra como la misma oscuridad caía suelta por su

espalda dándole un toque de salvajismo y hombría no propias de la época...

— ¡No pensé que fueras tan bella, ragazza! — Los ojos azules del violinista lucían fríos y opacos como el azul del mar en una tarde de invierno. — nací en Genova y permítame decirle Señorina que nunca mis ojos han visto tanta perfección en una fémina, — el hombre le regaló una deslumbrante sonrisa y comenzó a tocar a toda prisa el violín haciendo movimientos con el arco que fascinaban a Bárbara, movimientos que la iban sumiendo en un profundo estado de excitación. Su rostro se ruborizó, se mordisqueaba los labios de manera involuntaria, los pezones se endurecieron y se tallaron en la tela de paño de su vestido. Bárbara no podía dejar de escuchar al violinista, tampoco podía dejar de mirar su esbelta estampa.

— Señorina, il mío nombre es... — en ese momento aceleró la velocidad del arco para rayar las cuerdas del violín... Bárbara estaba teniendo un orgasmo que la hacía estremecerse en su asiento... su respiración se entrecortó y su deseo sexual aumentó hasta el punto de apretarse los pechos con las manos y en medio de las piernas...

— ¡Oh santo Dios! ¿Qué me sucede!

En ese momento unas pisadas interrumpieron el concierto del violinista... — Basta Niccoló, — dijo la voz de un hombre alto y delgado que sostenía una flauta dorada entre sus manos, — recuerda a qué hemos venido. Déjala en paz.

El violista meneó la cabeza de un lado para el otro en señal de negación, — he pasado mucho tiempo sin disfrutar de una mujer...

El hombre alto y delgado se llevó la flauta a la boca y sopló manando una melodía enternecedora que se apropió del teatro y fue calmando el libido de Bárbara... la melodía prosiguió hasta que el violín no se escuchó más... los dedos del violinista se quedaron tiesos, inmóviles sosteniendo el arco en el aire... — ¡Eres un maldito! ¡Liberá mis dedos, Flautista!! — Exigió Niccoló.

— ¡Prometes dejar en paz a la chica, Paganini!

— ¡Eres un maldito aguafiestas! — Resopló Paganini.

El flautista sopló de nuevo la flauta y los dedos de Niccoló Paganini comenzaron a torcerse.

El grito del violinista se escuchó por todo el teatro acompañado por otro

grito de aceptación para dejar tranquila a la chica.

— ¡Bene! ¡Bene!

El flautista esbozó una sonrisa ante Paganini pero Bárbara alcanzó a ver en el rostro del músico la terrorífica sonrisa de un demonio proveniente del mismo averno.

El flautista estiró la mano a la chica manteniendo su sonrisa tensa enmarcada sobre su piel embalsamada.

Bárbara sintió miedo de aquel sujeto aunque prefirió tomarlo de la mano y no hacerle un desaire, pero se estremeció al sentir los dedos casi cadavéricos y helados de aquel hombre.

—Debéis perdonar a Paganini, es todavía un crío.

Bárbara agrandó los ojos.

—Bella dama, mi nombre es, — en ese momento el hombre pronunció una palabra no audible, sus labios se movieron pero no hubo sonido, — y provengo del pueblo Hamelín, en Alemania.

Bárbara sintió que todo le daba vueltas... esto no podía ser cierto... Erik, "EL Fantasma de la Ópera". Niccoló Paganini, "El Violinista del Diablo". Y "El Flautista de Hamelín". Pensó que tenía que tratarse de una pesadilla, «Aún debo estar dormida en el cuarto de estudio o en la alcoba. Debe tratarse de un mal sueño» quiso pensar eso.

— No se trata de ningún sueño, queridita mía, — aseguró el Fantasma sentado sobre el piano de cola con las piernas cruzadas. En ese momento alargó su dedo índice casi forrado en el hueso y siseó ante la chica — somos reales, mi niña. Tú nos llamaste, — Y señaló con el índice el libro rojo tirado sobre el escenario de tablilla. — ¿Lo has olvidado?

Capítulo 7

Link Amazon:

<https://www.amazon.com.mx/%C3%93PERA-PRIMA-Cuentos-que-son-ebook/dp/B0B7W7S11M>